

V

EL CADÁVER DE SHELDON

En sus declaraciones, el detenido Mariano Herrera Vázquez se había referido a la granja ubicada en Santa Rosa, en la carretera del Desierto de los Leones, a donde lo había llevado en su automóvil Angélica Arenal, la esposa de David Alfaro Siqueiros. La inspección de este lugar podía ser de suma importancia. Decidí, pues, efectuarla sin perder tiempo.

Las cuatro de la tarde debían ser cuando emprendimos la marcha hacia el Desierto de los Leones en varios automóviles. Me acompañaban, entre otros, los destacados agentes Cárdenas, Funes, Sánchez Mondragón y Medina.

Paramos en el kilómetro 22. Tuvimos que escalar una empinada cuesta a manera de rampa resbaladiza. Oscurecía ya cuando llegamos a la casa abandonada. Amenazaba lluvia. Estaba enclavada la casa en el lugar conocido por "Rancho de Tlaninilalpa", a unos quinientos metros de la carretera. Se trataba, en realidad, de un jacal de adobe, con techo de tejamanil, de dos aguas. Las paredes eran blancas. Los tupidos árboles que había en la parte de atrás de la casa contribuían a envolvernos en una semioscuridad. De día, el aspecto de la quinta era por demás risueño, ofreciendo como regalo para los ojos un bellissimo paisaje; de noche la estancia allí debía ser pavorosa.

Penetramos en la casa. Las habitaciones superiores, tres en total, tenían piso de duela. La primera, que hacía las veces de vestíbulo, tenía dos ventanas, una a cada lado. Había en medio una mesa de pino, sin pintar, con algunos periódicos encima, una lata de chiles en vinagre y a los lados, tres sillas de pino. Examiné las fechas de los periódicos: coincidían con las inmediatas al asalto de la casa de Trotsky. Supuse que algunos de los asaltantes habían acudido a ocultarse allí y como sucede siempre con los criminales, sintieron curiosidad natural por leer en los periódicos la información en torno a su delito. La siguiente pieza, que hacía las veces de alcoba, tenía una cama de tijera, extrañamente cortada, quizá con una navaja o un cuchillo, por la parte de la cabecera. El suelo aparecía regado con cal en polvo, como si hubieran pretendido borrar huellas. En un rincón había un trapeados de jerga. Esta habitación tenía tres ventanas. La última pieza también tenía tres y daba hacia el poblado de Santa Rosa. Había en el centro un caballete de pintor, sobre el cual descansaba un bastidor de manta, preparado sin duda para una pintura; al lado mismo encontramos dos pinceles y dos botes de pintura, abiertos. En uno de los extremos había una colchoneta, cortada también en parte. Regados por el suelo encontramos varios casquillos de rifle, calibre 22. El suelo de madera estaba casi lleno de colillas de cigarrillos americanos y había también una caja vacía de Lucky. Esto me pareció, claro está, muy significativo. La gente pobre y por lo general, los mexicanos no fuman esos cigarrillos, considerados en México como de lujo; sólo algún norteamericano o personas adineradas habían podido fumarlos. Y qué norteamericanos o qué gente de gustos refinados habían podido habitar semejante casa? Lo dejamos todo como estaba. Si lo juzgábamos necesario, más tarde recogeríamos todo aquello.

Descendimos por una pequeña ladera resbaladiza con el fin de examinar las dependencias inferiores de la casa. Había en primer lugar una pieza sucia, una especie de pajar con la tierra del suelo floja. Venía después la cocina, con la tierra también un tanto suelta. Había allí cuatro piedras, colocadas en un cuadrángulo, que habían debido servir a antiguos moradores. Todo daba la impresión de que estaban haciendo preparativos para poner un piso, pues se veían materiales de construcción sobre el terreno. Y esto era todo. ¿Habríamos hecho un viaje infructuoso?

Ya estábamos dispuestos a marcharnos, cuando el agente Emilio Sánchez Mondragón —murió éste un poco más tarde a consecuencia de una fístula— me hizo observar de pronto que en el suelo de la cocina había una parte de tierra más floja, lo que parecía denotar que habían hecho una excavación bastante reciente. Buscamos algunos útiles con que remover la tierra y no encontramos ninguno en toda la casa. Salí fuera de ésta y miré hacia la cañada del pueblo. No muy lejos distinguí ir a un campesino que araba la tierra con su yunta de bueyes. Le grité que hiciera el favor de venir con un azadón. Así lo hizo. A ruegos míos, empezó a cavar en un perímetro de unos cuarenta centímetros. La tierra se cavaba con gran facilidad, prueba evidente de qué, como habíamos sospechado, había sido removida no hacía mucho. Como a unos treinta centímetros de profundidad la tierra empezó a salir mezclada con cal. Se nos echó en esto lo noche encima; la oscuridad era absoluta en aquella fea cocina. Tuvimos que hacer uso de nuestras

linternas sordas. El labriego siguió cavando. Lo veíamos sudar, pero no se detenía a descansar un solo instante ni nosotros pensábamos recomendarle que lo hiciera. Tal era nuestra ansiedad. Los golpes del azadón resonaban en toda la casa. Nuestra emoción subía de punto a medida que se profundizaba más en la tierra. Como a unos treinta centímetros más empezó a trascender un fuerte hedor. Nos miramos anhelantes.

—¡Un cadáver!— exclamamos.

Hicimos acelerar la excavación. Nos dominaba la impaciencia. Apareció algo que parecía un abdomen humano. El campesino interrumpió su faena, nos miró profundamente impresionado. Todos estábamos un poco pálidos, sin apartar los ojos de aquella visión.

—No cabe duda alguna —dije—: se trata de un cadáver. No prosiga, buen hombre; es preciso recabar la presencia de la autoridad judicial para que dé fe de la total exhumación.

Dejé allí al campesino y a una parte de los agentes y haciéndome acompañar por los otros, emprendí viaje, a todo motor, hacia San Angel. Me puse inmediatamente en contacto con el Juez Instructor y con el Agente del Ministerio Público. Mientras reunían su personal seguí en mi automóvil hasta Tacubaya, con el fin de obtener la ayuda de un grupo de bomberos, con sus correspondientes herramientas, para facilitar la completa exhumación del cadáver encontrado. Me puse después en comunicación telefónica con la Jefatura, disponiendo el envío del personal de identificación y ordenando al Comandante Galindo que lo condujera con algunos de sus agentes. Regresé a San Angel hacia la media noche. Por teléfono, puse al corriente desde allí al General Núñez del importante hallazgo. Me comunicó el Jefe de Policía algunas instrucciones propias del caso; y salimos hacia Santa Rosa.

Llovía copiosamente. Envueltos en la noche oscura, se nos ofrecía a lo lejos el panorama feérico y sembrado de luces de la capital mexicana. El espeso arbolado fué aumentando aún más la oscuridad de la noche. Llegamos al pie de la cuesta que conducía a la quinta del crimen y abandonamos los automóviles en la carretera. Iniciamos, en caravana, la penosa ascensión. Resbalábamos en el barro y caíamos todos constantemente. La lluvia nos azotaba el rostro y se escurría por nuestros impermeables. Por fin llegamos, jadeantes y cubiertos de barro, a la casa del cadáver.

Nos calamos las caretas de gas y penetramos en la cocina. Seguían allí el campesino y los agentes que habíamos dejado. Entraron en acción los bomberos con sus zapapicos. Seguíamos sus cuidadosos golpes con una ansiedad cada vez mayor. ¿Qué secreto iban a revelarnos? Se fué precisando el contorno del cadáver. Los bomberos cuidaban de no estropearlo con sus herramientas. Cuando la excavación llegaba a los rodillas creímos que eran los pies. Se trataba de un hombre de gran talla. Envuelto en cal, daba la extraña impresión de un gigante. Diríase que medía cerca de dos metros.

—Tengan cuidado, sobre todo, con la cabeza —les ordenaba yo repetidamente a los bomberos.

Por fin apareció el cadáver totalmente. El principal elemento de identificación era el cabello. Hice que le cortaran un mechón, Salí con él y procedí a lavarlo en una charca. Le enfoqué la lámpara. Era de color rojizo.

—Por las señas que nos han dado, se trata de Sheldon- les dije a los presentes.

Entré de nuevo en la cocina. Pensaba que la acción de la cal quizá había contribuido a cambiar el color del cabello. Procedí a un examen detenido del cadáver. Su descomposición era intensa. Resultaba sorprendente, sin embargo, que se hubiera conservado intacto, quizá por efecto de la cal viva. Había adquirido un impresionante color bronceo. Los rojizos cabellos, a la luz viva y semiazulada de las linternas, parecían desprender matices de metal en fusión. Estaba con la cabeza en rotación hacia el lado derecho, con el brazo sobre el epigastrio y con una de las piernas medio encogida. Sin duda lo habían arrojado descuidada y violentamente en la fosa y habían empezado a cubrirlo de cal y luego de tierra tal como había caído. En todo caso la cal había blanqueado aun más la cara y las manos. La caja del cuerpo hallábase protegida por un sweater de lana, de color azul marino, abotonado. Debajo de éste llevaba una camiseta de punto. Llevaba asimismo un calzón de punto, como la camiseta. Hice cortar un pedazo de esta última y me lo guardé. ¿Lo habían despojado de la ropa exterior, para hacer más difícil la identificación, o lo habían asesinado cuando estaba durmiendo? No podía pronunciarme antes de

hacer lavar el cadáver y examinar detenidamente las heridas. Hice que improvisaran unas parihuelas y tendieran el cadáver sobre ellas. Aparecía así blancuzco, como envuelto en un extraño sudario.

Antes de marcharme procedí a un nuevo y detenido examen de la casa. Llegué a la conclusión de que el crimen había sido cometido en la planta alta, que servía de dormitorio. Me fijé ahora en que le sangre había goteado por entre las duelas, razón por la cual habían cubierto éstas con cal en polvo. En el socavón de la planta baja descubrí sangre coagulada; había goteado de arriba. La forma como había sido cometido el crimen empezaba a aparecérseme bastante clara.

Había mandado algunos agentes a realizar una búsqueda por los alrededores de la casa. A pesar de la noche oscura, descubrieron no lejos huellas de hogueras. Removidas las cenizas, aparecieron en una trozos del sweater azul marino, pedazos de un pantalón, botones de pantalón y de camisa ... Entre otras cenizas había trozos de lona y colchoneta. Eran los que habían sido cortados del catre y la colchoneta. Sin duda habían querido hacer desaparecer las manchas de sangre. Esto demostraba que el crimen había sido cometido mientras la víctima dormía en su catre.

Bajé la cuesta acompañado por un agente, abordé mi automóvil y a toda marcha me dirigí hacia Coyoacán. Eran las cuatro de la madrugada del 25 de junio. Hacía exactamente un mes y un día que se había perpetrado el asalto a la casa de Trotski, precisamente hacia esta misma hora.

Seguía lloviendo. La calle de Viena aparecía encharcada. Paré ante la puerta blindada de la casa de Trotski. Oprimí insistentemente el timbre. Inmediatamente se encendieron las luces del torreón aspillero, donde se encontraba un guardián con la ametralladora dispuesta, y del zaguán. Un foco de gran potencia, sobre la puerta, casi me cegaba. Entreabrió Otto Schuessler la puerta, revólver en mano. Al reconocerme dió orden al operador del torreón, por medio de unas señales, para que abriera la puerta del todo oprimiendo el resorte eléctrico. La puerta se abrió totalmente.

Buenos días, Otto —le dije mientras penetraba—. Necesito comunicarme inmediatamente con don León. Hemos encontrado el cadáver de Sheldon.

¿El cadáver de Sheldon? —exclamó— ¿Cómo? ¿Dónde? Pase, pase usted y cuéntenos ...

Y empezó a llamar:

—iHarold! iHarold! iVen aquí!

Llegó Harold corriendo. Su rostro, lo mismo que el de Otto, demostraba gran consternación.

—Esperen ustedes —dije—. Quiero estar seguro de que se trata de Sheldon. ¿Tienen ustedes ropa interior perteneciente a él? Necesito una camiseta o un calzón.

Sí, sí; en seguida los traigo.

Corrió Otto y volvió a poco con las prendas pedidas.

—Tome usted. Pertenecían a Bob.

Las comparé con el pedazo que había cortado de la camiseta del cadáver. La tela era parecida. Les mostré a Otto y Harold el mechón de cabello.

—Es de Bob —exclamaron a una—. De Bob; no cabe duda.

Harold fué a la habitación de los Trotski. Volvió diciendo que el ex Comisario ruso dormía profundamente y que no lo había querido despertar. Recordé que el viejo revolucionario tomaba soporíferos para dormir. Quizá se encontraba bajo los efectos de uno. Pensé también que quizá se había despertado, pero que había sido tal la impresión que le produjo la noticia que prefería excusarse.

—Acompáñeme uño de ustedes para identificar el cadáver —dije.

Decidió acompañarme Otto. Tomamos el automóvil y nos dirigimos a toda marcha hacia Santa Rosa. Llegamos al pie de la cuesta entre dos luces. El terreno mojado hacía extraordinariamente difícil el ascenso. El cadáver estaba en las anjarillas donde lo dejé, fuera ya de la quinta; lo rodeaban todos los presentes, algunos con el pañuelo sobre la boca y nariz a causa del hedor. Había cesado de llover. Otto contempló el cadáver visiblemente emocionado. Había reconocido en seguida a su antiguo compañero.

Se organizó una macabra caravana, presidida por el cadáver; iban detrás el Juzgado, los agentes, algunos diligentes periodistas, entre ellos el infatigable, talentoso y astuto "güero Téllez", el "Comandante Téllez", como solíamos llamarle cariñosamente ... No recuerdo otra procesión igual, tan emocionante, tan dramática. Llegamos a San Angel ya de día claro. Se colocó el cadáver en uno de los patios. Avisado, llegó el General Núñez. Dispuso que fuera llevado el cadáver. Hice reforzar el cuerpo de agentes. Había corrido el rumor por el poblado y empezaban a agolparse los curiosos. Terminada su acta, retiróse el Juez.

Se produjo de repente un movimiento de expectación entre todos los presentes.

—¡Trotski! ¡Trotski!

Era, en efecto, León Trotski! Acababan de dar las diez de la mañana. El viejo exilado ruso se acercó al cadáver. Estaba deprimido, apenado, triste. Contempló un buen momento a su ex secretario; sus ojos se habían llenado de lágrimas. Aquel hombre que había dirigido una gran revolución, que al frente del Ejército por él creado había tenido que dirigir cruentas batallas, que había visto desaparecer uno tras otro a sus familiares y amigos y qué, en fin, había permanecido casi indiferente minutos después de un atentado que estuvo a punto de costarles la vida a él, a su esposa y a su nieto, lloraba ahora en silencio. En silencio, pues de su boca no salió una sola palabra. Lo ahogaba la emoción.

El cadáver de Sheldon parecía una estatua derribada. A pesar del lavado conservaba adherida la mezcla de cal y barro rojizo, brillante bajo el agua. Producía su vista una impresión por demás extraña. Ofrecía la plácida actitud del que duerme; en su rostro, todavía con restos de cal, no había el menor rictus de angustia, de miedo o ira. Los ojos cerrados, la boca en reposo, los miembros sin contracciones evidenciaban que le habían dado muerte mientras dormía. Muerte alevosa si las hay. Presentaba dos heridas de bala en la cabeza, las dos por el lado derecho, lo que probaba que estaba durmiendo sobre el lado izquierdo cuando le dispararon a bocajarro. Una, de las balas no presentaba orificio de salida.

Cuando el viejo Trotski logró dominar su emoción, pidió que lo condujeran a su casa. Decidió acompañarlo el General Núñez.

En la autopsia practicada a Sheldon se le recogió la bala que no había encontrado orificio de salida. Se le amputaron ambos pulgares y los dedos índice y anular de la mano izquierda para la plena identificación comparando sus huellas con las de sus documentos migratorios. Se le quitó así mismo una parte del carrillo a efecto de que el Laboratorio de Criminalística de la Jefatura de Policía, estudiara el crecimiento de la barba y determinara la fecha del homicidio.

Hice que se mandara un cablegrama al padre de Robert Sheldon Harte, el cual había solicitado asimismo por cable que se le comunicara urgentemente si el cadáver encontrado era el de su hijo. Decidí continuar, sin perder un solo momento, las averiguaciones en torno a la comisión del crimen. ¿Había sido Sheldon un cómplice de los asaltantes o simplemente una víctima? Si había sido un cómplice, un agente de la terrible G. P. U., ¿por qué lo habían asesinado? ¿Y quién o quiénes lo habían asesinado y habían enterrado el cadáver? Eran extremos importantísimos que había que dilucidar a toda costa.

Quise empezar las averiguaciones en torno al alquiler de la quinta del crimen. En Santa Rosa fué localizado el indígena Cruz Hernández, que había ocupado poco antes el jacal en compañía de su esposa y una hijita. Pertenece al ingeniero Daniel R. Benítez, el cual había encargado a Juan Lira, vecino del lugar, que se lo cuidara. Lira se lo había cedido a Cruz, gratuitamente, para que lo habitara. El día del santo de Cruz, el 3 de mayo exactamente, encontrábase bebiendo en una pulquería de Santa Rosa cuando se presentó a él un señor de complexión robusta, moreno, elegantemente vestido y le preguntó si eras él quien ocupaba la casita del rancho de Tlaninilalpa. Al responderle que sí, el desconocido le dijo en tono imperioso:

IN MEMORY
OF
ROBERT SHELDON HARTE
1915 — 1940.
MURDERED BY STALIN.

—Pues tendrá que dejarla inmediatamente; la acabo de rentar yo. Ya le darán instrucciones el ingeniero Benítez y el señor Lira.

Con el desconocido, se encaminó entonces hacia la vivienda. Durante el trayecto le rogó que le permitiera seguir viviendo en la parte baja, o sea en la cocina. El desconocido, de pésimo talante, se negó en absoluto. En vista de ello, Cruz recogió sus cosas y se fué con su pequeña familia al pueblo. A los pocos días notó que la casa estaba deshabitada. Pero poco después, en otra visita que hizo, observó que había allí varias personas, una de ellas de aspecto "gringo". El sujeto que ya conocía le gritó con enfado:

—¡Ya le dije que la casa está rentada! ¡Nada más tengo que agregar! ¡Váyase y no vuelva por aquí!

Y no volvió más.

Al día siguiente del descubrimiento del cadáver de Sheldon, se presentaron espontáneamente en la Jefatura de Policía el ingeniero Ruiz Benítez y Juan Lira. El primero explicó que a principios del mes de mayo, al llegar una noche a su casa, se encontró un automóvil Packard a la puerta., Miró la placa: era de Nueva York. Saltó en esto un individuo elegantemente vestido del interior del auto y le dijo:

—Vengo a verlo para que me alquile una casita que tiene usted en Santa Rosa. ¿No es de su propiedad?

Contestó afirmativamente, añadiendo que la casa no se encontraba en condiciones de ser habitada. Entonces el desconocido le dijo que era, pintor y que la Secretaría de Educación Pública, interesada en su obra, le había encomendado que le enseñara su técnica a un grupo de muchachos. Se trataba de pintar bellos frescos con una mezcla de celulosa para que nunca se borraran. Como le llamara la atención respecto del empleo de la celulosa, base de la fabricación de explosivos, el desconocido le dijo:

—No tenga cuidado, que la mezcla de la celulosa es inofensiva. Yo le garantizo que nada le pasará a la casa. Además, yo me encargo de mandar poner los vidrios y el techo de tejamanil. Alquíemela por tres meses tan sólo.

Arreglaron el alquiler en cuarenta y cinco pesos. El desconocido prometió llevarle el contrato a los pocos días, pero no lo había vuelto a ver más.

Luego la quinta había sido alquilada unos veinticuatro días antes del asalto a la casa de Trotski. Sin duda para ocultar parte de los asaltantes antes y después del mismo. El alquiler había corrido a cargo de una persona que debía saber de pintura. ¿Alfaro Siqueiros? ¿Antonio Pujol? ¿Luis Arenal? Uno de los tres sin duda.

El día 2 de julio, a petición del defensor de los comunistas Serrano Andonegui y Mateo Martínez, se efectuó una importante diligencia judicial en el Juzgado de Primera Instancia de Coyoacán, en presencia del Juez, abogado Carrancá Trujillo, del Agente del Ministerio Público, licenciado Moreno Tapia, y de numerosos periodistas. Acudieron a esta diligencia León Trotski, Natalia Sedova y varios de sus secretarios. Veíanse asesorados por su abogado Antonio Franco Rigalt. El interrogatorio duró unas tres horas. Las respuestas de Trotski a las preguntas del abogado comunista tuvieron un interés evidente. Muchas no hacían más que aclarar o precisar extremos conocidos ya por la policía. Antes de pasar a lo referente a Robert Sheldon Harte, creo conveniente recoger, a título informativo, algunas de las declaraciones del viejo exilado ruso.

Dijo, en primer lugar, que la casa que habitaba había la adquirido en propiedad a primeros de mayo por un costo de nueve mil ochocientos pesos, y añadió, irónico:

—No soy ni por mi pasado ni por naturaleza propietario de fincas. Nunca lo he sido, pero durante mi estancia en Noruega, donde sufrí un grave asalto, los que lo llevaron a cabo quisieron comprar en tres o cuatro ocasiones la casa por mí ocupada. Así les hubiera sido más fácil preparar el atentado. También en México ocurrió algo parecido con la casa que ocupó. Cosa que al saber mis amigos de Nueva York, me pidieron que les avisara en qué cifraba mi mayor seguridad, y como la propiedad de la casa era cosa de importancia, porque ya estaba metiendo en ello las manos la G.P.U., así lo dije y ellos me enviaron un cheque de dos mil cien dólares para su adquisición.

¿Desde qué fecha temía que se produjera el atentado contra su persona? Su respuesta:

—No es preciso que yo lo esperara desde el mes de enero: lo esperaba desde hace ya dos años. Pero desde enero o diciembre anterior lo esperaba con más intensidad, en la perspectiva más próxima, en la fecha más exacta. En los últimos meses tuvimos mis guardianes y yo varias juntas para redoblar la vigilancia porque la campaña de la prensa comunista contra mí también fué redoblada. Yo denuncié la invasión de Polonia y de Finlandia por Rusia, así como la alianza de Moscú con Hitler y mis declaraciones fueron publicadas en todos los periódicos del mundo muchos meses antes. Estas declaraciones produjeron estupefacción. El último Congreso del Partido Comunista Mexicano se celebró bajo el signo de la lucha contra León Trotski y el trotskismo. Su grito fué ya: "¡Muerte a Trotski!"

Pero lo más interesante de la declaración fué lo referente a Robert Sheldon Harte. A la pregunta del abogado comunista de si creía que Sheldon le había sido fiel hasta el último momento de su vida, Trotski respondió:

—¡Sheldon Harte ... !Yo estoy absolutamente seguro de que Robert Sheldon Harte permaneció fiel a sus ideas y por lo tanto, a mí mismo hasta el fin y que fué muerto a causa de esta lealtad. Si fuera posible dar aquí las declaraciones amplias de esta versión, lo más importante sería rectificar al gunos yerros en que han incurrido los investigadores, que aunque hombres muy inteligentes y de energía, han seguido al respecto una hipótesis falsa. Es la impresión que tengo del error en que están a este respecto el señor General J. Manuel Núñez y el señor Coronel Leandro Sánchez Salazar. Un error muy humano, pero de todas formas un error.

Confieso que esta declaración de Trotski, aparecida en toda la prensa capitalina, me picó en lo vivo. Ya se comprenderá que yo no podía tener ningún interés particular en la culpabilidad o inculpabilidad de Sheldon. Mi papel era simplemente el del investigador que trata, por todos los medios a su alcance, de esclarecer la verdad. Todo parecía demostrar que Sheldon había sido un instrumento de la G. P. U., en contra de Trotski y que sin su complicidad el atentado del 24 de mayo hubiera sido muy difícil de realizar. Debía completar ahora mis investigaciones.

El día 4 sometí a un nuevo interrogatorio a Mariano Herrera Vázquez. Era él quien me había permitido descubrir la casa de Santa Rosa y el cadáver de Sheldon. Quería obligarle a decirme todo lo que supiera. Y he aquí el resumen de sus nuevas declaraciones:

El día 24 de mayo, a eso de las veinte horas, se habían presentado en la granja de Santa Rosa Luis Arenal, cuñado de Alfaro Siqueiros, y un norteamericano. Era éste de gran talla, pelirrojo, crespo y hablaba muy mal español. Luis Arenal le dijo a Herrera:

—Aquí te traigo a un nuevo compañero.

No le dijo su nombre ni Herrera se lo preguntó. Luis Arenal había añadido:

—Cada día subirá una muchacha de Santa Rosa a hacer el aseo. Le dices entonces al americano que se salga al campo mientras tanto.

Al día siguiente se presentó, en efecto, la menor con el fin de proceder al aseo. Debían ser las diez de la mañana. Herrera le comunicó al americano lo que le había dicho la víspera Luis Arenal. Y el americano había salido a pasear al campo.

—¿Solo?

—Completamente solo.

Este dato era de extraordinaria importancia. Si lo que afirmaba Herrera era cierto, ello probaba que el americano podía entrar y salir en la casa a su arbitrio, libremente. Si lo hubieran raptado, ¿quién le hubiera impedido escapar?

Herrera se fué mientras tanto a casa de un tal Ricardo, cuyo apellido ignora, vecino de Santa Rosa, con el fin de pasar un rato. Hacía en casa de este Ricardo algunas de sus comidas. Volvió a la granja con él hacia las doce y media. El americano estaba ya de vuelta de su paseo. Entonces se sentaron los tres a beber tequila. Viendo el americano que Ricardo calzaba unos huaraches, sacó cinco pesos y se los dió rogándole

que le comprara otros iguales, pues sus zapatos le lastimaban para caminar por los alrededores de la casa. Ricardo tomó el dinero y prometió comprárselos.

En esto llegaron a la casa los hermanos Luis y Leopoldo Arenal. Habían dejado abajo el mismo automóvil en que habían conducido al americano. Al ver allí a Ricardo se disgustaron grandemente. Llamaron aparte a Herrera y Leopoldo Arenal le preguntó:

—¿Y ese individuo qué hace aquí?

Herrera le dijo:

—Es un amigo; me dan las comidas en su casa. Salimos a dar un paseo y volvimos a tomarnos un trago de tequila.

—Bueno; pues que se vaya en seguida. Aquí no debe entrar nadie que no autoricemos nosotros.

Ricardo, al ver la cara adusta de los recién llegados, se apresuró a marcharse. Los hermanos Arenal y el americano se pusieron a hablar entonces en inglés.

—¿Hablaban en tono cordial?

—Sí, señor. Yo no los comprendía, pero se veía que eran amigos o conocidos.

Por fin Luis, Arenal le dió a Herrera cincuenta pesos, correspondientes a los cinco días que se le adeudaban, más veinte pesos atrasados, ordenándole que se retirara y que se compareciera por allí hasta nueva orden. Así lo hizo Herrera. El americano se quedó solo en la granja con los hermanos Arenal.

—¿Usted cree que fueron ellos los que lo asesinaron?

—Ellos debieron ser, pues nadie más se quedó allí con él.

El día 25, Herrera había sido conducido a presenciar el cadáver encontrado en la granja de Santa Rosa. Lo había reconocido inmediatamente: pertenecía al americano que le había llevado Luis Arenal.

—¿Y usted no supo nunca antes cómo se llamaba?

—No, señor. Como tenía que llamarle de alguna manera, un día le pregunté su nombre. Me dijo que lo llamara Timo, Timoteo. Al preguntarle por qué, añadió que ese nombre le gustaba mucho. Recuerdo que me hizo reír la forma como lo dijo: "¡Ah, ser mocho bonito nombre Timoteo, ser mocho mexicano!" Que Timo era Robert Sheldon Harte lo he sabido después, al ser descubierto el cadáver.

¿Me había dicho toda la verdad? ¿No había participado él mismo en el asesinato de Sheldon? Para esclarecer este punto quise aterrorizarlo ... Un estudio de su psicología me llevó a la convicción de que el medio que me proponía emplear con él sería infalible o poco menos.

Una noche lo saqué del "Pocito" y lo llevé a la granja de Santa Rosa. Era pasada la media noche y nos envolvía una oscuridad absoluta. Durante el trayecto había mantenido un continente severo y apenas le había dirigido la palabra. El se mostraba inquieto y altamente impresionado.

Llegamos a la quinta del crimen. Había allí un agente de toda mi confianza que iba a hacerse pasar por uno de los presos complicados en el asalto a la casa de Trotski y además, cuatro policías de la Montada a las órdenes de un oficial.

—Mira, Herrera —le dije—: te he traído aquí para que confieses tu participación en el asesinato de Sheldon. o me dices la verdad o te hago fusilar aquí mismo.

—¡Yo le he dicho toda la verdad, mi Coronel! ¡Gracias a mí ha descubierto usted esta pista! ¡No puedo decirle nada más!

Decidí llevar adelante el simulacro de fusilamiento del agente preparado para el caso. En tono iracundo le dije:

—¡Ese tomó parte en el asalto a la casa de Trotski y se niega también a decirme toda la verdad! ¡Los voy a fusilar a los dos!

Y dirigiéndome al falso preso:

—Te doy la última oportunidad para que lo confieses todo. ¡La última! Dime los nombres de los que contigo intervinieron en el asalto. ¡Pero pronto!

El falso preso adoptó una actitud resuelta:

—¡No diré más de lo que he dicho! No conozco los nombres que me pide y aun cuando los conociera, no se los diría.

—¿No? ¡Allá tú! Adelante, muchachos.

Arrimaron al agente a la pared. Los cuatro policías de la Montada se prepararon y a una orden de su oficial, dispararon sus pistolas sin bala. El agente se desplomó en el suelo. Me acerqué yo mismo a él y le disparé el tiro de gracia.

—¡Ahora a ti, Herrera! ¡Te doy cinco minutos para que me digas toda la verdad! Tú participaste en el asesinato de Sheldon. ¿Quiénes fueron tus cómplices?

Temblando de miedo, me dijo:

—¡Le juro que le he dicho todo lo que sé, mi Coronel! ¡Todo, se lo juro! ¡No le puedo decir más porque no sé más! —Te doy cinco minutos ...

—¡Tengo madre y abuelita, mi Coronel! ¡Yo no sé más de lo que le he dicho! ¡Se lo juro!

Era evidente que decía la verdad. Quedé completamente convencido de ello. Herrera era inocente. Lo habían utilizado como un instrumento secundario. Esto tenía que redundar en beneficio suyo. Ya se comprenderá, por otra parte, que ni por un momento pensé hacer con él el simulacro de fusilamiento que había hecho con el agente preparado al efecto.

En todo caso, toda la investigación llevaba honradamente a la conclusión de que Sheldon era cómplice de los asaltantes. Lo mataron porque les estorbaba. De caer en manos de la policía, hubiera podido descubrirlo todo. Un cadáver no habla. Sin duda precipitó su homicidio el que los hermanos Arenal encontraran al campesino Ricardo, una persona extraña, en su compañía. El General Núñez compartía plenamente esta opinión. Honradamente, no podíamos tener otra.